CAPÍTULO IV

Del tercer grado de humildad. — Su práctica. — Ejemplos de los santos.

§ I

El tercer grado de humildad consiste en que teniendo uno grandes virtudes y dones de Dios, y siendo muy estimado de los hombres, no se ensoberbezca ni se atribuya á sí cosa alguna, sino que todo lo atribuya á Dios, de quien procede todo bien y todo don perfecto. Que el malo é imperfecto se conozca y se tenga en nada, no es mucho; pero que el rico se haga pobre, y el grande se humille y se conforme con los pequeños, esto es de admirar. Tal fué la humildad de la Reina de todas criaturas, la Madre purísima de Dios, que se llamaba á sí misma la esclava del Señor, á quien referia todas las gracias y prerrogativas de que estaba adornada, quedándose Ella firme en su profundísima humildad.

2. La dificultad de este grado consiste en que en las buenas obras que practicamos con la gracia del Señor, cooperando á esta misma gracia, no atribuyamos á nuestros esfuerzos el buen resultado, pues casi sin sentirlo confiamos

en nosotros mismos y entra en el alma la presunción y una soberbia secreta, y nos engreímos y envanecemos, y nos alzamos con la gloria de aquellas obras como si fuesen enteramente nuestras.

3. Es muy difícil evitar semejante vanidad y presunción siendo tan miserables como somos. Aun en el cielo algunos ángeles no la evitaron; se veían muy hermosos y colmados de los dones de Dios, y no permanecieron en la verdad ni atribuyeron á Dios la gloria de todo, sino á sí mismos; no porque desconocieran que todo su bien les venía del Señor y que de El dependían, sino porque quisieron robarle su gloria y complacerse en sí mismos. Pues si aquellos ángeles se desvanecieron y cayeron, sobrada razón tenemos nosotros de temer entre los honores y grandezas, porque somos hombres, que como el humo nos desvanecemos; y así como el humo, mientras más alto sube más se disipa y llega á perderse, así también el hombre cuanto más se eleva más se desvanece, y llegará á perderse si no procura con empeño conservarse en humildad.

4. Una vez que volvian los Apóstoles de la misión que el Señor les había confiado, le dijeron: «¡Oh Señor, hemos hecho maravillas; hasta los demonios se rendían y nos obedecían en vuestro nombre.» El Señor les respondió: «Yo estaba viendo á Satanás caer del cielo como

un rayo [1]. » Quiere decir : « Guardaos de la vana complacencia, pues por ella cayó Lucifer, contentándose de si mismo y no atribuyendo á Dios la gloria que por sus dones le corresponde. »

5. Consiste el grado de humildad de que tratamos en distinguir el oro que nos viene de Dios por sus dones y beneficios, del polvo y miseria que somos nosotros, para dar á cada uno lo que le pertenece. No basta conocer especulativamente que nosotros nada podemos sin Dios, que de El es todo el bien y que El obra en nosotros el querer, el comenzar y el acabar; es necesario además conocer esto prácticamente, estando tan convencidos y penetrados de lo dicho como si lo viésemos con nuestros propios ojos y lo tocásemos con las manos. Y sentir y reconocer de esta manera los dones del Señor como ajenos y recibidos de su misericordia, es un don muy singular de su bondad.

6. Esta era la humildad de los santos, que á pesar de las gracias de que estaban colmados, y de sus muchas virtudes y del aprecio de los hombres, con todo eso se tenían por muy viles y como si nada tuvieran ; no se les pegaba ninguna vanidad al corazón ni estimaban en nada la honra del mundo, porque sabían distinguir entre lo que era ajeno y lo que era propio, atribuyendo los dones y virtudes y estimación de que gozaban á Dios nuestro Señor, y rindiendo á El toda la gloria. Consideraban al mismo tiempo que de sí nada tenían y eran incapaces de obrar el bien, y de aquí les venía el no alegrarse con las alabanzas de los hombres, pensando que no hablaban con ellos, sino con Dios, á quien solamente pertenece toda bendición y toda gloria.

1 Luc., X, 18.

7. Tenemos parte en las buenas obras que hacemos, porque nuestro libre albedrío concurre y obra juntamente con Dios, y esto es lo que hace tan difícil, según dijimos, alcanzar el grado de humildad de que tratamos ; pues por una parte debemos poner todos los medios que estén en nuestra mano para alcanzar la virtud y vencer las tentaciones, y por otra hemos de desconfiar de todo esto como si nada hubiésemos hecho, y tenernos por siervos inútiles, poniendo toda nuestra confianza en sólo Dios ; si esto conseguimos habremos conseguido mucho, y fácilmente daremos al Señor en nuestras buenas obras la honra y gloria que le corresponden.

8. « Así como un cuerpo sin alma, — dice San Agustín, — no se puede mover, así nosotros, sin la gracia de Dios, no podemos hacer buenas obras en orden á la vida eterna. » Y como sería locura atribuir al cuerpo el movimiento y la vida, y no al alma, de quien recibe vida y movimiento, así también sería locura que el

alma se atribuyese á sí misma las buenas obras que hace, y no á Dios, que le infundió el espíritu de vida, que es la gracia con que poder hacerlas. Y como los ojos corporales, aunque estén muy sanos, no pueden ver sin luz, así el hombre no puede vivir virtuosa y santamente sin la luz de la gracia. ¡Oh, si acabásemos de entender que no tenemos de qué gloriarnos en nosotros mismos, sino en Dios! ¡Oh, si nos enviase Dios luz del cielo, con la cual, disipadas las tinieblas, conociésemos y sintiésemos que ningún bien, ni ser, ni fuerza alguna hay en todo lo criado fuera de lo que el Señor ha querido dar y conservar por su buena y adorable voluntad!

9. Esta es aquella aniquilación de nosotros mismos en que consiste la humildad; aquel tenernos y confesarnos por indignos é inútiles para todo; aquella desconfianza de nuestras fuerzas, y aquel estar colgados y pendientes de la bondad de Dios; aquel tenernos en nada que debemos sentir con verdad y prácticamente, como si lo viéramos con nuestros ojos y lo tocáramos con nuestras manos; entendiendo que de nuestra parte nada podemos ni tenemos sino perdición y pecado, y que todo el bien que obráremos no es de nosotros, sino sólo de Dios, á quien pertenecen la honra y gloria en todo y por todo.

10. Tanto en el ser de naturaleza como en

el de la gracia, todo nos viene de Dios; y así como el Señor, no sólo nos dió el ser natural, sino que nos lo conserva continuamente, así también sucede con el sobrenatural: nos da la gracia y nos conserva en ella para que no caigamos: esto basta para tenernos en nada y por pecadores, porque cuanto es de nuestra parte, eso somos y fuimos, y eso seríamos si el Señor nos dejase de su mano. «¡Oh Dios mío, en cuántos pecados hubiéramos caído sin vuestro socorro! ¡cuántas ocasiones de pecar habéis alejado de nosotros, y cuántas veces habéis atado las manos al demonio para que no nos dañe! Tiempo ha que nos hubiéramos perdido si nos hubieran faltado los cuidados del más tierno y amoroso de los padres.» Reflexionemos, pues, lo que seríamos por nosotros mismos.

11. De aquí venían los santos á confundirse y despreciarse tanto, que no se contentaban con tenerse en poco y por malos y pecadores, sino que se tenían en menos que todos y por los más viles y pecadores que había en el mundo. Conocían que no había ningún peligro, y sí mucho bien en humillarse y ponerse debajo de los pies de todos, y que podían causarse mucho daño anteponiéndose á uno solo. No daña, pasando por una puerta baja, el inclinar mucho la cabeza; pero si no la bajamos lo que es necesario, podremos recibir un golpe funesto.

§ II

12. Los santos se tenían por los mayores pecadores, y con razón; ya que poniendo uno los ojos en sus propios defectos, y considerando en los demás los dones ocultos que tienen ó que pueden tener, con verdad podrá decir de sí que es más vil y mayor pecador que todos. ¿Sabemos, por ventura, si Dios ha perdonado á los demás? Tal vez ya están perdonados, y nosotros acaso todavía estamos en desgracia suya.

13. El verdadero humilde considera en los otros las virtudes y en sí mismo sus pecados, y anda tan ocupado en conocerlos y remediarlos que no levanta los ojos para ver las faltas ajenas. Mientras más santo es uno, más practica este documento; y según que tiene más conocimiento de la bondad de Dios, conoce más su miseria y su nada.

14. Ama Dios tanto la humildad que, á fin de que el hombre se conserve en ella, muchas veces su divina Majestad le oculta los beneficios y dones que le hace; y así como al salir el sol se ocultan las estrellas, así cuando la humildad brilla en el alma se encubren todas las demás virtudes y parécele al humilde que no tiene ninguna; no ve sino sus faltas é imperfecciones,

creyendo además que sólo descubre la menor parte de sus males.

15. Pero si Dios nos descubre sus gracias y los dones con que nos regala, debemos cuidar mucho no creer que tenemos más de lo que realmente se nos ha dado. Y aun conociéndolos, podemos tenernos por los mayores pecadores; he aquí cómo se explicaba acerca de este asunto el humilde San Francisco: «Verdaderamente entiendo y creo que si Dios hubiera hecho con un ladrón y con el mayor de todos los pecadores las misericordias y beneficios que ha hecho conmigo, sería mejor y más agradecido que yo. Y, por el contrario, entiendo y creo que si Dios levantase su mano de mí y no me tuviese, yo cometería mayores males que todos los hombres y sería peor que todos ellos.» Esto es lo que hacía á los santos hundirse debajo de la tierra y ponerse á los pies de todos: sabían penetrar muy bien lo que ellos eran y tenían de sí; su propia miseria y flaqueza y los dones de Dios los veían como cosa prestada que les servía para aumentar su humildad, creyendo que no usaban de ellos como era conveniente, y estaban temerosos por la cuenta que tenían que dar de los mismos.

16. Este tercer grado de humildad es medio para vencer las tentaciones y alcanzar la perfección de las virtudes; pues no se puede alcanzar la pureza de corazón ni la victoria sobre

nosotros mismos si no conocemos que toda nuestra industria y trabajo no son bastantes para eso sin especial ayuda de Dios. Este conocimiento debe ser prácticoy muy profundo en nosotros. Salomón nos dijo: «Luego que llegué á entender que no podía ser continente si Dios no me lo concedía, — y conocer esto es gran sabiduría, — acudí al Señor y se lo pedí con fervor [1]. » Continente, en este lugar, significa la represión de todas las pasiones y apetitos, é indica la fuga de todos los vicios, lo que no puede alcanzarse sin particular gracia de Dios nuestro Señor.

17. Preciso es por lo mismo conocer nuestra miseria para vencer las tentaciones y adquirir las virtudes.

18. El abad Moisés, para triunfar de las tentaciones contra la castidad, trabajaba mucho, comía muy poco, practicaba grandes mortificaciones y se entregaba á la oración la mayor parte de la noche, y con todo no cesaban sus combates, porque aún no tenía el don de la desconfianza de sí mismo; mas luego concluyeron cuando llegó á ser muy humilde. Lo mismo sucedió al abad Pacón, á quien Dios le dijo que había permitido tan recias batallas para que conociera su flaqueza y lo poco ó nada que tenía de su parte, y se humillara en todo, no

1 Sap., VIII, 21.

confiando en cosa alguna de sí mismo, mas acudiera siempre al Señor.

19. A pesar de la absoluta desconfianza que la humildad exige de nosotros, esta virtud no nos vuelve cobardes, ni incapaces de grandes acciones, pues se halla en perfecta armonía con la magnanimidad. En efecto: el hombre magnánimo desea hacer cosas grandes y dignas de honra, y realmente las emprende; pero no las desea por la honra humana, ni es éste su fin: tiene su corazón muy elevado y ve con indiferencia la honra y la deshonra, y sólo tiene por grande á la virtud, en cuyo amor arden sus deseos; mas para ver con tal indiferencia las honras y alabanzas de los hombres es indispensable tener mucha humildad.

20. El varón magnánimo emprende grandes cosas, pero no fiando en sí mismo, que esto sería presunción y soberbia, sino en Dios solamente, en quien todo lo puede, y para esto es necesario tener mucha humildad; pues el humilde es verdaderamente quien confía en el Señor, y los que confían en su divina Majestad mudarán de fortaleza, dejando la fortaleza de los hombres, que es debilidad, por la de Dios, y cambiando su brazo de carne por el brazo de Dios; y así quedan fuertes, porque todo lo pueden en Dios.

21. El humilde San Francisco, entrando en un pueblo, recibía la honra que le tributaban

como á santo besándole las manos, el hábito y los pies, y él no se resistía, que antes bien dijo á su compañero: «Nada hace esta buena gente en comparación de la honra que debía hacer, y que yo no me atribuyo á mí mismo, mas toda la refiero á Dios, de quien es, quedándome yo en lo profundo de mi vileza, y ellos ganan con esto, porque reconocen y honran á Dios en su criatura.» Pues á esta humildad hemos de procurar llegar nosotros con la divina gracia, no dejando que se nos pegue la honra, sino refiriéndola toda enteramente á Dios nuestro Señor.

CAPÍTULO V

Bienes de la humildad. — Favores que Dios hace á los humildes. — La humildad tabla de salvación para los pecadores.

§ I

Por medio de la humildad damos al Señor gracias por sus beneficios, pues no nos atribuímos bien ninguno á nosotros mismos, sino todo lo referimos á su divina Majestad, ofreciéndole toda la gloria que le corresponde. Y este agradecimiento no es de palabra solamente, sino de afecto y de obra, pues el profundo conocimiento de nuestra vileza y miseria nos despoja de la honra, que bien conocemos que no es nuestra, para rendirla al Señor.

2. Síguese de aquí otro bien en el verdadero humilde, el cual ni por la abundancia de los dones de Dios, ni por la estimación de los hombres, se tiene en más, sino siempre permanece en su miseria y bajeza y en su nada; antes bien, como el que ha recibido prestada una gran cantidad de dinero anda con harta pena y cuidado por tener que pagarlo á su tiempo, el humilde reconoce la grandeza de su obligación y teme mucho no corresponder como es debido á los favores que el Señor le hace, y esto aumenta su humildad y confusión. Y no pone los ojos en los otros, ni desprecia á nadie, aunque los vea caer en grandes culpas, pues sabe que son de su misma masa, y que si él no ha caído lo debe á la gracia de Dios, sin la cual sería tan malo ó peor que los demás. Y tales beneficios aumentan su gratitud y lo humillan delante del Señor, pues no los ha merecido, y acaso los demás los hubieran aprovechado más que él.

3. La humildad nos alcanza grandes mercedes y gracias del Señor. «¿En quién pondré mis ojos, — dijo Dios por Isaías, — sino en el humilde, en el pobrecito, en el que tiembla y se confunde delante de Mí?» Y por Santiago: «Dios resiste á los soberbios y da su gracia á los humildes [1].» Lo mismo nos enseñó la purísima Virgen María en su cántico: «El Señor abate á los

1 Isa., LXVI, 2. — Jac., IV, 6.

soberbios y ensalza á los humildes; llena de bienes á los hambrientos y deja sin nada á los ricos. » Las aguas se dirigen á los valles y los hacen fértiles, y los dones de Dios descienden sobre los humildes y llenan sus almas de virtud y gracia. Dios enriquece tanto á los humildes porque nada se atribuyen, sino le dan toda la gloria, y teniéndose á sí mismos como vasos de barro, buenos para nada, ponen en su divina Majestad toda su confianza, y la mano del Señor se extiende para sostenerlos, pues está escrito: «Humíllate al Señor y espera de su mano el amparo [1]. »

4. Todos hemos pecado en muchas cosas, y no tenemos derecho ninguno delante del Señor; tenemos, empero, que temer sus terribles castigos. Es, por lo mismo, muy necio el que no se funda en la humildad, pues con ella podemos suplir lo que nos falta en todo. Cuando después de nuestros muchos pecados no podamos por falta de salud hacer penitencia, caminemos por la senda de la santa humildad, que no hallaremos entonces otro medio más conveniente de salvarnos.

5. De la misma manera, si no podemos orar ni hacer grandes cosas en el servicio de Dios, humillemos nuestras almas y así supliremos lo que nos falte.

1 Eccli., XIII, 9.

§ II

6. Muy poco es, en verdad, esto que nos pide el Señor: que nos conozcamos y humillemos. ¿Tendremos acaso alguna excusa para dejar de hacerlo? No se nos pide salud, ni fuerza, ni talento, sino lo que tenemos siempre con nosotros: nuestra nada, que debemos conocer y despreciar.

7. Es indispensable humillarnos si no queremos que nos humille el Señor. Ama Dios tanto la humildad y aborrece tanto la soberbia, que permite que caigamos en faltas veniales para que viendo que aun en éstas, que son tan fáciles de evitar, sucumbimos sin su auxilio, conozcamos que no tenemos fuerzas para evitar las mayores y andemos siempre con humildad y temor, sin atribuirnos á nosotros mismos sino el pecado y la miseria. Y si estas faltas no bastan para humillarnos, suele también permitir que caigamos en pecados mortales y muy vergonzosos, pues castiga Dios la secreta soberbia con manifiesta lujuria. Y así como Dios usa con nosotros de dos maneras de misericordia, grande y pequeña, así también hay en El una ira que llamamos pequeña y otra grande, y ésta es cuando desampara al hombre dejándole caer en pecados mortales; y sin embargo de ser ira

tan espantosa y tremenda, dicen los santos que algunas veces es bueno y provechoso al soberbio que Dios le castigue de esta manera, para sanarlo de la soberbia con tan terrible y funesta humillación [1]. Aun en sus escogidos permite el Señor estas caídas cuando ve que la soberbia ha entrado en su corazón y que ellos tal vez no lo conocen; pero su caída se lo da á conocer, y así se humillan y hacen penitencia de ambos pecados y alcanzan perdón de ellos.

8. ¡Oh Señor! Castigadme con castigo de padre; curad mi soberbia con trabajos, enfermedades, deshonras y afrentas, y con todas las humillaciones que queráis enviarme, pero no permitáis que me aparte de Vos.

1 *De civit. Dei*, lib. XIV, cap. III.

TRATADO X

DE LAS TENTACIONES

CAPÍTULO PRIMERO

De las tentaciones en general. — Tiempos en que Dios las manda. — Bienes que hay en ellas. — Remedios contra las mismas.

§ I

La vida presente está llena de tentaciones. «Como una guerra continua, nos dice el santo Job, y como el día del jornalero es el día del hombre en la tierra [1]»; porque así como el jornalero trabaja todo el día, y después obtiene el premio y el descanso, así nosotros, en el día de la presente vida, estamos bajo el peso de la tentación y del trabajo, para recibir después el premio si acaso lo hemos merecido.

2. Dentro de nosotros mismos llevamos el origen de las tentaciones, en la rebeldía y con-

1 Job, XIV.